



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 9 de febrero de 1997

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. El Evangelio habla frecuentemente de las *curaciones* que Jesús realizó. Los enfermos se apiñaban a su alrededor y trataban de tocarlo, «porque salía de él una fuerza que sanaba a todos» (Lc 6, 19). Me complace recordarlo, en vísperas de la quinta *Jornada mundial del enfermo*, que se celebrará el próximo día 11 de febrero, fiesta de la santísima Virgen de Lourdes.

Jesús, al curar a los enfermos, muestra que su ofrecimiento de salvación se dirige a todo el hombre, ya que él es *médico del alma y del cuerpo*. Su compasión hacia los que sufren lo impulsa a identificarse con ellos, como leemos en la página del juicio universal: «Estaba (...) enfermo, y me visitasteis» (Mt 25, 36). Jesús pide esta participación profunda a sus discípulos, cuando les encomienda la tarea de «curar enfermos» (Mt 10, 8).

Si se ora con fe, también hoy el Señor sigue realizando *milagros de curación*. Sin embargo, su Providencia actúa ordinariamente a través de nuestro compromiso responsable, pidiéndonos que combatamos la enfermedad con todos los recursos de la inteligencia, de la ciencia y de una adecuada asistencia médica y social.

2. El amor de Jesús a los enfermos nos estimula sobre todo a activar los recursos de nuestro corazón. Sabemos por experiencia que, cuando se sufre una enfermedad, no sólo se necesitan terapias adecuadas, sino también *calor humano*. Lamentablemente, en la sociedad actual a menudo se corre el riesgo de perder el contacto auténtico con los demás. El ritmo del trabajo, el estrés y la crisis de las familias hacen que sea cada vez más difícil estar fraternalmente los unos al lado de los otros. Y son los más débiles quienes sufren las consecuencias. Así, puede suceder

que se considere como un peso, e incluso como un obstáculo por apartar, a los ancianos privados de autonomía, a los niños indefensos, a los minusválidos, a quienes tienen graves deficiencias y a los enfermos terminales. Por el contrario, queridos hermanos y hermanas, acompañarlos a su paso ayuda a construir una sociedad *a la medida del hombre*, animada por un profundo sentido de solidaridad, donde hay espacio y respeto para todos, especialmente para los más desvalidos.

3. Contemplando a Cristo, médico de las almas y de los cuerpos, también encontramos la mirada solícita de María, a quien el pueblo cristiano invoca como «*Salud de los enfermos*», «*Salus infirmorum*». La Virgen santísima nos ayude a dejar que nos toque la mano sanadora de su Hijo divino, a acoger el poder salvífico del Evangelio y a convertirnos en apoyo concreto de todos los que nos necesiten.

* * *

Después del Ángelus

Saludo con gran afecto a los peregrinos de América Latina y de España, en especial a las quinceañeras del Colegio de la Inmaculada de Buenos Aires. Mientras os encomiendo a la maternal protección de la Santísima Virgen, imparto a todos vosotros y a vuestras familias la bendición apostólica.